



EL SEÑOR DEL HUERTO: UNA PARÁBOLA DE HILDEGARDA

Hildegarda de Bingen, a pesar de sus más de novecientos años, sigue siendo una mujer fascinante: religiosa benedictina, visionaria de autoridad reconocida tanto por la jerarquía eclesiástica cuanto por los laicos (reyes, príncipes, nobles, pueblo), teóloga, científica, médica, escritora, música, pintora, predicadora... desplegó su multifacética actividad hasta una vejez avanzada (murió cumplidos los 81 años, en 1179), dejando tras de sí una vasta obra. Algunos de sus títulos son: *Scivias* (“Conoce los caminos del Señor”, obra de carácter teológico, una historia de la creación del hombre, su caída, su redención y su salvación, finalmente, en la Jerusalén celestial); *Liber vite meritorum* (*El Libro de los méritos de la vida*), de carácter ético; *Liber divinorum operum* (*El libro de las obras divinas*), que inscribe la interrelación entre macrocosmos y microcosmos en la historia de la salvación (*Scivias* y *El libro de las obras divinas* están maravillosamente ilustrados con pinturas que son un medio más para la transmisión de los contenidos); la *Physica* (*Física*) y *Causae et curae* (*Las causas y los remedios de las enfermedades*), sus obras científicas y médicas; *Ordo virtutum* (*El drama de las Virtudes*), drama litúrgico cantado; *Symphonia Armonie Celestium Revelationum* (*La armoniosa música de las revelaciones celestiales*), ciclo de canciones litúrgicas de diversa factura y tema; tres volúmenes de cartas que ofrecen respuestas teológicas y filosóficas a obispos y maestros escolásticos que las requerían, dirección espiritual a abades, abadesas, simples monjes, clero, príncipes, personas comunes, el texto de sus predicaciones a pedido de sus destinatarios... y tanto más.

Pero veamos su primera obra: *Scivias*, y en ella la segunda visión de la primera parte: “Creación y caída del hombre”, que Hildegarda describe así:



“Luego vi como una inmensa multitud de antorchas vivientes dotadas de gran claridad las cuales, al recibir un fulgor ígneo, adquirieron un serenísimo resplandor. Y he aquí que apareció un lago muy ancho y profundo, con una boca como la boca de un foso que emitía un humo ígneo hediondo, desde el cual una horrible tiniebla, alargándose como una vena, tocó una imagen que consideraba engañosa [la serpiente]. Y en una región clara sopló sobre la luminosa nube que había salido de una bella forma humana, y que contenía en sí muchas, muchísimas estrellas; y así la arrojó de esa región y también a la forma humana. Después de esto, un resplandor intenso envolvió la región, y todos los elementos del mundo, que primero habían estado en una gran quietud, presas de la más grande inquietud mostraron horribles terrores.”¹

¹ [...] vidi uelut maximam multitudinem uiuentium lampadarum multam claritatem habentium, quae igneum fulgorem accipientes ita serenissimum splendorem adeptae sunt. Et ecce lacus multae latitudinis et profundi-

La multitud de luces vivientes muy brillantes son los ángeles perseverantes en su amor a Dios, la fosa profunda y hedionda es “el infierno con su insaciable sed de almas”², de la que sale una nube oscura con lenguas de fuego. Hay en la visión una referencia al árbol del conocimiento del bien y del mal, cuyo fruto Dios había prohibido al hombre. En la región luminosa se alza una nube blanca (Eva³) proveniente de una hermosa forma humana (Adán), y que contiene en su interior muchas estrellas. Un esplendor rodea de pronto la región y todo lo que era calma se transforma en agitación y terror (es la presencia de Dios, ante la que el hombre pecador se aterra por su pecado, cayendo del paraíso).

A lo largo de la glosa que la abadesa de Bingen hace de esta visión aparecen temas como la naturaleza del matrimonio y del sexo; la justicia de Dios y la injusticia de la raza humana, que pretendió ser como Dios; la encarnación salvífica del Hijo de Dios para la restauración de la humanidad; las recomendaciones morales en torno a la práctica de virtudes como la humildad, la castidad y la caridad. Aparece también un término característico de Hildegarda, *viriditas* (verdor fecundo, lozanía, vigor, vitalidad, fecundidad), de gran peso en su pensamiento. Y hay también una visión reivindicadora de la mujer.

Pero de entre tal profusión de temas escogemos uno: el Amor y la Humildad de Dios, que Hildegarda brinda a través de una parábola, recurso familiar en la perspectiva evangélica. He aquí el texto:

“Un señor, no ciertamente a disgusto sino con gran interés y diligencia quiere hacer un huerto. En primer lugar elige un lugar apto para su huerto, y luego dispone el sitio de cada planta, teniendo en cuenta para ello el fruto de los árboles apropiados y la utilidad, sabor, aroma y buena fama de las diversas especias; y así ese señor, gran filósofo y artífice profundo, organiza la siembra de manera tal que puedan distinguirse adecuadamente, según su utilidad. Después piensa el tamaño del muro con que rodeará su huerto para que ninguno de sus enemigos pueda destruirlo. También entonces establece a sus expertos, los encargados de regar adecuadamente el huerto, y los que recogerán los frutos y elaborarán con ellos diversos productos.

Ahora, oh hombre, considera atentamente esto: si aquel señor prevé que su huerto, sin producir fruto ni utilidad alguna, ha de ser destruido, ¿por qué entonces un tan gran filósofo y artífice tan grande dispone, planta, riega y fortifica con tanto cuidado y tantos trabajos? ¡Oye, pues, y entiende! Dios, Quien es el sol de justicia, envió Su esplendor sobre el lodo, que es la desobediencia del hombre, y aquel esplendor brilló con una claridad mayor, porque el lodo era muy pestilente. Pues el sol refulgió en su clara luz y el lodo se pudrió en su fetidez; por lo que el sol fue celebrado por los que lo vieron con un amor mayor de lo que lo hubiera sido sin la confrontación con el lodo. Pero así como el lodo en la comparación con el sol es fétido, así también el pecado del hombre es inicuo ante la justicia de Dios; de donde la justicia, porque es bella, debe ser amada, y la iniquidad debe ser rechazada porque es pestilente.

tatis apparuit, os uelut os putei habens et igneum fumum cum multo foetore emittens, de quo etiam taeterima nebula se extendens quasi uenam uisum deceptibilem habentem tetigit, et in quadam clara regione candidam nubem quae de quadam pulchra forma hominis plurimas plurimas que stellas in se continens exierat per eam afflauit ac illam eandem que formam hominis de eadem regione ita eiecit. Quo facto lucidissimus splendor eandem regionem circumdedit, et ita omnia elementa mundi, quae prius in magna quiete constituerant, in maximam inquietudinem uersa horribiles terrores ostenderunt. (HILDEGARDIS. *Scivias* I, 2, p. 13. Ed. Adelgundis Führkötter O.S.B. collab. Angela Carlevaris O.S.B. Turnhout: Brepols, 1978. (CCCM 43-43a)).

² KING-LENZMEIER, ANNE H. *Hildegard of Bingen. An Integrated Vision*. Collegeville (Minnesota): A Michael Glazier Book, The Liturgical Press, 2001, p. 35.

³ La nube, más que representar la figura de Eva, representa su significado, que es su maternidad —las estrellas en la nube— con respecto al género humano.

En esta inmundicia cayó una oveja del señor que había plantado aquel huerto. Pero esta oveja se perdió del lado de ese señor no por un descuido de él sino por el deseo de ella. Más tarde el señor la buscó con gran diligencia y justicia, por lo que el coro de los ángeles resplandeció con gran belleza, al ver los ángeles al hombre en el Cielo.”⁴

¿Qué significa esto?, se pregunta Hildegarda. Y da en este punto, y como en un *racconto*, una síntesis magistral de toda la visión. Parte, en efecto, del momento de la muerte de Cristo en la cruz para el rescate de la oveja perdida; es en ese momento que el demonio comprende Quién es el Cordero, el Pan Celestial nacido de la Virgen por obra del Espíritu Santo. El que se había perdido por su soberbia y había perdido al hombre es derrotado, no por el poder de Dios, sino por el amor y la humildad de Su Hijo hecho hombre y muerto en la cruz.

El mismo señor que recuperó su oveja perdida tenía también, continúa Hildegarda, una perla preciosa que también cayó y se sumergió en el lodo, de donde la sacó el señor y la limpió del barro en que había estado de manera semejante a como el oro es purificado en el crisol, y la restauró en su primitiva belleza, y aún con mayor esplendor.

Hasta aquí, el texto y la glosa de la abadesa. Tratemos ahora nosotros de profundizar un poquito en lo visto a fin de lograr una mejor comprensión.

EN PRIMER LUGAR ELIGE UN LUGAR APTO PARA SU HUERTO, Y LUEGO DISPONE EL SITIO DE CADA PLANTA...: en un capítulo –“Los huertos conventuales”– de su libro *El huerto medicinal*, Peter Köhler nos permite ubicar en su adecuado contexto, el contexto monástico, la existencia y sentido de tales huertos, vinculados siempre y al menos parcialmente a un uso medicinal. La *Regla* benedictina, en el capítulo 66 y a propósito de la organización del monasterio, dice: “Si fuera posible, el monasterio debe construirse de manera tal que todo lo necesario, esto es, el agua, el molino, el huerto y los diversos oficios se ejerzan en el interior del monasterio, para que los monjes no tengan necesidad de andar fuera del mismo, cosa que en modo alguno aprovecha a sus almas.”⁵. Ya desde la elección misma del lugar para erigir un monasterio se tomaba en consideración la calidad del suelo, con miras a los cultivos que allí podrían realizarse. Estos huertos estaban cuidadosamente or-

⁴ *Dominus qui sine taedio in multo studio hortum facere uult, primitus aptum locum eiusdem horti ponit, ac deinde locum cuiusque plantationis disponens, fructum bonarum arborum atque utilitatem, saporem, odorem et bonam famam diuersorum aromatum in eo considerat. Et sic idem dominus, magnus philosophus et profundus artifex existens, quamque plantationem suam in eo disponit ut bene discerni in utilitate sua possit; ac deinde excogitat quanta munitione eum circumdet, ut nullus inimicorum suorum plantationem eius dissipare ualeat. Tunc etiam pigmentarios suos constituit, qui eundem hortum rigare sciant et qui fructum eius colligant et exinde diuersa pigmenta faciant. Quapropter, o homo, diligenter considera quia si dominus ille praeuidet quod hortus suus nullum fructum nec ullam utilitatem proferens destruendus est, quare tunc tantus philosophus et tantus artifex hortum illum in tam magno studio et in tam magnis laboribus facit, plantat, rigat et munit? Audi igitur et intellege! Deus, qui sol iustitiae est, splendorem suum super lutum quod praeuaricatio hominis est misit, et splendor ille in multa claritate resplenduit, quoniam lutum illud ualde foedum fuit. Sol enim in sua claritate effulsit et lutum in sua foeditate putruit; unde sol maiori dilectione a uidentibus amplectebatur quam si lutum ei oppositum non esset. Sed sicut lutum ad similitudinem solis foedum est, sic etiam transgressio hominis ad iustitiam Dei iniqua est; unde iustitia quia pulchra est diligenda est, et iniquitas quoniam foeda est abicienda est. In hanc foeditatem cecidit ovis huius domini, qui talem hortum plantauerat. Sed ovis haec eidem domino non propter ignauiam eius, sed per consensum eiusdem ovis ablata est; quam postea idem dominus in multo studio et iustitia requisiiuit. Quapropter tunc chorus angelorum in maximo honore illuminatus est, cum hominem angeli in caelo uiderent.* (Scivias 1, 2, 32, p. 34-35).

⁵ *Monasterium autem, si possit fieri, ita debet constitui, ut omnia necessaria, id est aqua, molendinum, hortus, vel artes diuersae, intra monasterium exercentur, ut non sit necessitas monachis vagandi foris, quia omnino non expedit animabus eorum.* (Sancta Regula 66, 6-7. En: *San Benito. Su vida y su Regla*. Dir. e introd. del P. Dom García M. Colombas. Versiones del P. Dom León M. Sanssegundo. Coment. y notas del P. Dom Odilón M. Cunill. 2ª ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1968, p. 688).

ganizados, con sus canteros dispuestos en forma simétrica –ocho canteros se agrupaban en el centro, formando dos columnas paralelas de cuatro cada una, y los restantes formaban los bordes del huerto–, con un pozo de agua para el riego y una fuente en el centro y todo el huerto rodeado por un muro. Köhler dice que el más famoso fue el de Walafrido Strabón,⁶ en la abadía de Reichenau, quien en alrededor de cien metros cuadrados había cultivado veinticuatro parcelas con otras tantas plantas medicinales diferentes, de cuyo uso estaba interiorizado con gran conocimiento⁷. En tiempos de Hildegarda y como consecuencia de las Cruzadas, dicho número se había incrementado en lo que a las especias se refiere; además, y aun manteniendo el esquema usual, la combinación de los canteros se hacía atendiendo también a criterios estéticos y utilitarios. Desde varios siglos atrás, lo producido por el huerto se utilizaba fundamentalmente para preparar medicinas, ya que la atención de los monjes enfermos corría por cuenta del propio monasterio, quien también se hacía cargo de la salud de los siervos que trabajaban las tierras cuando la tarea excedía las posibilidades de los religiosos; además, estaban los peregrinos y las personas que se hospedaban en dependencias de la abadía, y que se hallaban bajo la protección y responsabilidad del abad. Pero las hierbas y las especias se utilizaban igualmente para preparar las comidas y realzar su sabor, y para elaborar conservas y dulces. Todo ello requería conocimientos y dedicación, a lo que alude Hildegarda en su parábola.

ESE SEÑOR, GRAN FILÓSOFO Y ARTÍFICE PROFUNDO: no es novedosa la descripción del señor del huerto, esto es, de Dios, como un artífice, imagen de tradición platónica que Honorio de Autun,⁸ un maestro contemporáneo, trae en su *Elucidarium*: “El Maestro dice: Escrito está: Todo cuanto fue hecho era vida en Él (*Juan* 1, 3-4). En lo que se muestra que toda criatura siempre fue visible en la predestinación divina, la cual aparece luego visible a la criatura misma en la creación; como el artífice que quiere construir una casa, primero examina cómo quiere disponer sus partes, y la estructura que luego se alza en el edificio es la misma que antes estaba en su inspiración.”⁹ Pero la comparación con un filósofo es absolutamente sorprendente. Porque en *Scivias* 2, 6 la referencia a los filósofos es negativa: “No queráis ir en pos de los diabólicos conocimientos¹⁰ ni de las otras fábulas que los hombres se inventaron en el contacto con los filósofos paganos y heréticos”¹¹. En general y como vimos en nuestra primera reunión de este año, en el siglo XII es ya un lugar común la mutua desconfianza entre los maestros escolásticos, su cultura en las artes liberales, su aprecio del saber por sí mismo y su avidez por incrementarlo, y los monjes con su cultura fundamentalmente bíblica, en la que las artes liberales sólo tienen sentido en fun-

⁶ Walafrido Strabón fue un monje beneditino, teólogo y poeta, fue discípulo de Rabano Mauro, preceptor del rey francés Carlos el Calvo y llegó a ser abad del monasterio de Reichenau. Entre sus obras podemos mencionar poemas; *Glosa ordinaria* (una explicación de libros de la Sagrada Escritura); *Vida de San Galo*, etc.

⁷ KÖHLER, PETER. *El huerto medicinal*. Girona: Tikal, s/f., p. 19.

⁸ Honorio de Autun (1090-1152), sacerdote y maestro en la escuela de Autun; se retiró posteriormente a un monasterio beneditino –la abadía de Saint-Jacques– cerca de Ratisbona (sur de Alemania). En sus obras se ocupó de los temas que interesaban en su época, y es de destacar una llamativa coincidencia con el pensamiento de Hildegarda de Bingen. Entre sus obras se cuentan: *La imagen del mundo* (sobre la creación); *Elucidarium* o *Diálogo sobre la teología cristiana* (donde trata el tema de la Trinidad); *El exilio del alma* o *Tratado de las artes liberales* (sobre el progreso en el conocimiento); *La filosofía del mundo* (sobre la existencia de Dios probada a partir de la existencia y disposición cotidiana del mundo), etc.

⁹ *M. Scriptum est: Quod factum est, in ipso vita erat* (Joan. I, 3, 4). *In quo patet omnem creaturam semper fuisse visibilem in Dei praedestinatione, quae postea visibilis ipsi creaturae apparuit in creatione: ut artifex, qui vult construere domum, prius tractat quomodo velit quaeque disponere, et machina quae post surgit in aedificio, eadem est quae prius stabat in ingenio*. HONORIUS AUGUSTODUNENSIS. *Elucidarium* 1, 4, 1111C-D. In: MIGNE, J.-P. (ed.). *Patrologiae cursus completus. Series latina*. Vol. 172. Paris: 1882.

¹⁰ Se ha traducido “artes” por “conocimientos”, entendiéndolo –dada la referencia a los filósofos y a las fábulas o mitos– que se trata de las artes liberales.

¹¹ *Nolite diabolicas artes sectari nec cetera figmenta quae homines in humanis contagiis philosophorum paganorum ac haereticorum sibimetipsis adinuenerunt*. (*Scivias* 2, 6, 27, p. 256).

ción del acceso y la mejor comprensión del libro sagrado, y tampoco hay aprecio de conocimientos que no estén inmediatamente referidos al fin de la vida religiosa. Sin embargo y como recordamos en esa misma ocasión, en la carta al monje Morardo Hildegarda no denigra a la filosofía sino que valora la labor de la razón en tanto es capaz de conocer la creación; pero a la razón ha de advenir la iluminación de la fe, que le permitirá conocer en la creación a su Creador.

Tengamos presente, por otra parte, que filósofo es el amante de la Sabiduría y, en tanto tal, ya es de algún modo, también él, sabio. Llamar a Dios “Filósofo” sólo puede entenderse a partir del uso de dicho concepto para significar al sabio entre los hombres, en el sentido arriba declarado: Dios sería entonces el Filósofo por excelencia, el solo Sabio. Es así también como en esta misma visión Hildegarda lo llama “Arquitecto del mundo”: dicho nombre, que lo es de oficio, se aplica a Dios por analogía.

DIOS, QUIEN ES EL SOL DE JUSTICIA, ENVIÓ SU ESPLENDOR SOBRE EL LODO, QUE ES LA DESOBEDIENCIA DEL HOMBRE: muy claro aparece aquí el verdadero pecado del primer hombre: su desobediencia ante la Voluntad divina –que se le revelaba clara y resplandeciente, iluminándolo– lo torna injusto, pierde su luz porque ya no refleja la Luz divina, y queda sólo barro opaco. Cesare Ripa, al tratar de la Justicia, la representa bellísima, vestida de oro y con penetrante mirada, y dice que “la Justicia lo ve todo, siendo calificada por los Antiguos Sacerdotes como verdadera vidente de la totalidad de las cosas. De ahí viene que Apuleyo realizara su juramento juntamente por el ojo del Sol y la Justicia”¹². Contrariamente a la imagen habitual de una mujer con los ojos vendados, que subraya la no acepción de personas, esta iconografía la representa con mirada agudísima para enfatizar el pleno conocimiento como fundamento de la rectitud del juicio, del juicio justo. Y refiriéndose a la Justicia Divina, explica que “viste de oro, para mostrar con el esplendor y la nobleza de este metal la excelencia y sublimidad de esta clase de justicia”¹³. Se unen aquí la majestad del Creador, Señor de Su criatura –el dorado ropaje resplandeciente–, y el conocimiento que Dios tiene de lo más recóndito del hombre y de sus acciones¹⁴ –el luminoso ojo del Sol, la mirada penetrante que iluminando, ve–, para producir el juicio recto que dice y funda el bien y el mal, el premio y el castigo: la Justicia de Dios.

EL SOL FUE CELEBRADO POR LOS QUE LO VIERON CON UN AMOR MAYOR DE LO QUE LO HUBIERA SIDO SIN LA CONFRONTACIÓN CON EL LODO: el texto de Hildegarda pone de relieve que en el contraste la Luz parece más brillante y es más amada, y el lodo más oscuro y detestable. La fuerza de este texto está en la frase final del párrafo: “La justicia, porque es bella, debe ser amada, y la iniquidad debe ser rechazada porque es pestilente”, que pone la cuestión en dos planos: en el plano objetivo de los trascendentales¹⁵ (ser, verdad, bien y belleza), puesto que la belleza puede ser considerada un trascendental, y en el plano subjetivo del acto humano, por la apelación al amor de la belleza y el horror ante lo corrompido y hediondo.

La justicia es bella, y Dios es el Sol de justicia: Dios es así la belleza misma, en Quien resplandecen Su perfecta integridad y la proporción armoniosa, que no otra cosa es la belleza,¹⁶ según nos dice Santo Tomás de Aquino.¹⁷ Dios es, y es la justicia misma, justicia

¹² RIPA, CESARE, *Iconología*. Trad. del italiano por Juan y Yago Barja; trad. del latín y griego por Rosa Ma. Mariño Sánchez-Elvira y Fernando García Romero. Prólogo de Adita Allo Manero. 2 T. 2ª ed. Madrid: Akal, 1996, T. 2, p. 8.

¹³ *Ibid.*, p. 9.

¹⁴ En el *Salmo 7*, 10 leemos: “[...]; y confirma al justo, oh Dios que sondeas los corazones y las entrañas.” (*[...] et diriges iustum, scrutans corda et renes Deus*).

¹⁵ Los trascendentales son determinaciones o propiedades comunes a todas las cosas, sobrepasando, trascendiendo por ello a todo género y categoría. Son también los primeros conceptos de la inteligencia, tanto en su dimensión teórica o especulativa cuanto en su dimensión práctica.

¹⁶ “Para la belleza se requieren tres cosas. Primero, la integridad o perfección: aquello a lo que algo falta o

que es la **verdad** (conocimiento verdadero) y el **bien** (juicio recto) fulgurantes, **belleza** que se manifiesta al hombre capaz de contemplarla y amarla, deleitándose en ella¹⁸, porque la belleza supone un contenido inteligible en cuya captación la inteligencia humana se realiza y se aquieta, y el esplendor con que dicho contenido se le manifiesta suscita como respuestas afectivas la admiración de la inteligencia y el gozo o deleite conjunto de la inteligencia y la voluntad. Por eso es que la belleza debe ser amada, por eso es que “la justicia, porque es bella, debe ser amada”. Y también por eso es que la iniquidad, ese misterio de maldad, esa injusticia de la criatura para con su Creador y Señor, esa corrupción del orden natural que por corrupta apesta, debe ser detestada y odiada: porque la inteligencia está ante ella como ante un absurdo y no puede comprenderla, porque la voluntad está ante ella como ante un mal que la horroriza y del que quiere huir.

EN ESTA INMUNDICIA CAYÓ UNA OVEJA DEL SEÑOR [...] NO POR UN DESCUIDO DE ÉL SI NO POR EL DESEO DE ELLA: nuevamente y en el contexto de la parábola, Hildegarda insiste en el tema de la libertad del hombre: “Porque la mano del Supremo Artífice te formó y te puso en un jardín de delicias; pero su espíritu ardiente engañó al hombre [al ser humano] en la falaz opción por la propia voluntad¹⁹.”²⁰

MÁS TARDE EL SEÑOR LA BUSCÓ CON GRAN DILIGENCIA Y JUSTICIA: a partir de aquí, en la imagen del señor que busca su oveja perdida, como luego busca también la perla que cayó en el lodo, tenemos la referencia evangélica al buen pastor²¹ y al comerciante de perlas finas²², aunque esta última es más libre.

A continuación Hildegarda trabaja el tema de la búsqueda y del rescate de la oveja perdida, de la perla enlodada –es decir, del hombre–, centrándose en el momento de la Crucifixión y Muerte del Cordero inocente, momento en el que “por vez primera el demonio pudo conocer quién era aquel Cordero”. Porque el demonio no podía tener conocimiento de la Encarnación del Hijo de Dios en María Virgen, siendo como era un misterio de amor: el blanco y humilde Cordero en medio de los pastores, el Pan celestial nacido en Belén, la ciudad del pan. Pero sí conoció al Verbo de Dios en la Crucifixión y Muerte, que desde lo puramente humano y natural fue un misterio de iniquidad en el que, sin embargo, se cumplió la justicia redentora del hombre. La soberbia del demonio que quiso ser Dios

excede es, por esto mismo, feo. Luego, la proporción debida, o armonía. Y por último el claro esplendor, por lo que aquello que tiene una coloración luminosa se dice que es bello.” (*Ad pulchritudinem tria requiruntur. Primo quidem integritas, sive perfectio: quae enim diminuta sunt, hoc ipso turpia sunt. Et debita proportio, sive consonantia. Et iterum claritas: unde quae habent colorem nitidum, pulchra esse dicuntur.*” S. THOMAS AQUINATIS, *S. Theol.* I, q. 39, a. 8).

¹⁷ Santo Tomás de Aquino (1225-74), teólogo y filósofo dominico, estudioso y comentarista de las principales obras del filósofo griego Aristóteles. Enseñó principalmente en la Universidad de París, y escribió numerosas obras, entre las que mencionamos la *Suma Teológica*, el *Comentario a las Sentencias del Maestro Pedro Lombardo*, y comentario a la casi totalidad de las obras de Aristóteles. También compuso himnos eclesiásticos.

¹⁸ A las notas enunciadas anteriormente debemos añadir, en el plano subjetivo, que lo bello es la forma captada bajo la razón de deleitable: “*pulchra enim dicuntur quae visa placent*” (Ibíd., q. 5, a. 4, ad 1).

¹⁹ En la opción por la propia voluntad, frente a la Voluntad del Creador, consiste el pecado original.

²⁰ *Nam manus summi artificis formauit te et posuit te in hortum uoluptatis. Sed hominem decepit flagrans mens eius in uana optione uoluntatis ipsius per superbiam consilii criminosi deceptoris* (Carta 144r –Carta de Hildegarda a Conrado, abad de Kaisheim–, año 1133, p. 320).

²¹ “Yo soy el pastor bueno. El buen pastor da su vida por sus ovejas. [...] Y tengo otras ovejas que no son de este aprisco, y es preciso que las conduzca y las traiga hacia Mí [...]” (*Ego sum pastor bonus. Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis. [...] Et alias oves habeo, quae non sunt ex hoc ovili, et illas oportet me adducere [...]. Juan 10, 11-16*). Véase el texto profético de *Ez. 34, 11-16*.

²² “De la misma manera, el Reino de los Cielos es semejante a un comerciante que busca perlas finas; habiendo encontrado una de gran valor fue y vendió todo lo que tenía y la compró.” (*Iterum simile est regnum caelorum homini negotiatori quaerenti bonas margaritas; inventa autem una pretiosa margarita, abiit et vendidit omnia quae habuit et emit eam. Mat. 13, 45-46*).

no pudo vencer a la humildad de Dios que quiso ser hombre, como tampoco la muerte injusta²³ pudo vencer a la vida justificada²⁴.

Finalmente, buscar a la oveja “con diligencia y justicia” nos habla de la diligencia de la Encarnación y la justicia de la Muerte: la diligencia buscó a la oveja y la justicia satisfecha la volvió a la vida.

LA OVEJA Y EL CORDERO: si bien la oveja ha podido simbolizar tanto al pueblo de Dios (israelitas primero, cristianos después) cuanto a su Redentor en la instancia sacrificial²⁵, el uso más habitual es el primero²⁶, prefiriéndose para el segundo hablar del cordero. En el *Antiguo Testamento* la imagen del pastor y del rebaño de ovejas es frecuente, y obedece a la realidad vivida por ese pueblo en sus tiempos nómades e incorporada a su historia, perviviente luego de su asentamiento en Palestina; por esta razón la encontramos también y con gran fuerza en el *Nuevo Testamento*. En la presente visión Hildegarda no parece otorgar un lugar de privilegio a esta imagen: no habla del pastor sino de un señor establecido, dueño de tierras en las que no proyecta un campo de pastoreo para las ovejas, sino un huerto para sus cultivos, cuya importancia subraya. Indudablemente esta perspectiva obedece a un contexto vital ajeno al nomadismo palestino: se trata ahora de las fincas de los nobles asentadas en los fértiles valles alemanes, y de los monasterios con sus tierras de labranza. Tampoco habla la abadesa de un rebaño de ovejas sino tan sólo de una oveja.

En cuanto al cordero, su condición de víctima sagrada aparece testimoniada a partir de la ofrenda de Abel (*Gén.* 4, 4); es rescate y señal de consagración en la institución de la Pascua, que culmina con la salida de los hebreos del cautiverio egipcio (*Éx.* 12), y campea por toda la Ley mosaica y la historia del pueblo de Israel. Ya en el *Nuevo Testamento* San Juan Bautista señala a Cristo junto al río Jordán como el Cordero de Dios²⁷, y nuevamente aparece en la pluma del otro Juan, el Evangelista, como el Cordero inmolado y triunfante del *Apocalipsis*²⁸. En Hildegarda todos estos sentidos están presentes; sin embargo, la abadesa subraya muy particularmente, no el carácter de víctima sufriente en la Cruz o el de víctima triunfante en el Cielo, sino la mansedumbre del Divino Cordero, una nota ligada a Su amor, como lo muestra en la visión primera del *Libro de las obras divinas*, refiriéndose

²³ La muerte es aquí injusta a doble título: porque es castigo de la injusticia del hombre, ya que por el pecado del hombre entró la muerte en el mundo (*Rom.* 5, 12), y porque fue injusta su ejecución en Cristo, víctima inocente condenada en proceso inicuo.

²⁴ La vida justificada es la que Cristo obtiene con Su muerte para todo hombre, y es vida eterna que vence a la muerte temporal.

²⁵ “Fue ofrecido porque Él mismo lo quiso y no abrió Su boca; como la oveja será conducido a la muerte, como el cordero ante quien lo trasquila enmudecerá y no abrirá Su boca.” (*Oblatus est quia ipse voluit et non aperuit os suum, sicut ovis ad occisionem ducetur, et quasi agnus coram tondente se obmutescet et non aperiet os suum. Is.* 53, 7).

²⁶ *Juan* 10 habla del Buen Pastor y de Sus ovejas, las que Lo conocen y aquellas a las que ha de ir a buscar y traer junto a Sí: es decir, las que ya son el pueblo de Dios y las que están llamadas a serlo, por el solo hecho de ser hombres.

²⁷ “Otro día Juan vio a Jesús que venía hacia él y dijo: ‘He aquí el Cordero de Dios, he aquí al que quita el pecado del mundo.’ (*Altera die vidit Ioannes Iesum venientem ad se et ait: Ecce agnus Dei, ecce qui tollit peccatum mundi. Juan* 1, 29). Recordemos que este “quita, tollit” significa: quita porque carga y lleva sobre sí, imagen que se ajusta a la perfección a lo que luego será el *viacrucis* o el camino del calvario con la cruz a cuestas, y finalmente la crucifixión y la muerte redentora, que rescata al hombre del pecado y de la muerte verdadera y eterna. Imagen que recuerda también la del macho cabrío de *Lev.* 16, sobre el que se cargaban todos los pecados del pueblo de Israel, para llevarlo y soltarlo luego en el desierto para su muerte, que tenía el carácter de expiación por los pecados (chivo expiatorio).

²⁸ “Y vi, y he aquí que en medio del trono y de los cuatro animales y en medio de los ancianos estaba de pie un Cordero como degollado [...], y cantaban un cántico nuevo diciendo: ‘Digno eres, oh Señor, de tomar el libro y abrir sus sellos, porque fuiste inmolado y con Tu sangre nos rescataste de entre toda tribu, lengua, pueblo y nación [...]’ (*Et vidi, et ecce in medio throni et quattuor animalium et in medio seniorum agnum stantem tanquam occisum [...], et cantabant canticum novum dicentes: ‘Dignus es, Domine, accipere librum et aperire signacula eius, quoniam occisus es et redemisti nos Deo in sanguine tuo ex omni tribu et lingua et populo et natione [...]. Apoc.* 5, 6-9).

a la figura principal:



“En sus manos sostenía un cordero resplandeciente como la luz del día, porque en las obras del Hijo de Dios la caridad puso de manifiesto la mansedumbre de la verdadera fe, que resplandece sobre todas las cosas, que de entre los publicanos y los pecadores eligió [sus] mártires, confesores y penitentes, e hizo de impíos justos —como de Saulo hizo a Pablo—, que sobre las alas de los vientos pudieran volar hacia la armonía celestial. Así la caridad perfeccionó su obra poco a poco y nítidamente, de manera tal que no hubiese en ella debilidad alguna, sino total plenitud.”²⁹

En *El Bestiario de Cristo. El simbolismo animal en la Antigüedad y en la Edad Media* y bajo la voz “El cordero”, encontramos una referencia al cordero y la Eucaristía³⁰, relación que la abadesa de Bingen establece en el texto, al hablar del Cordero inocente, el Pan celestial nacido en Belén, de María Virgen. Charbonneau-Lassay parte del primer cor-

dero pascual —el del Antiguo Testamento—, el que los hebreos comieron en Egipto, y pasa revista a las características que permitirán hacer de él una figura del Cordero de Dios: un cordero sin mancha, que con su muerte preservará a los judíos de la muerte y los liberará de la esclavitud, y al que en la posterior prescripción de la observancia pascual celebratoria no se le quebrará ningún hueso³¹. Y recuerda luego: “La víspera de este día único entre los días [el Viernes Santo], Jesús había comido con los suyos el cordero de Pascua, su imagen profética; y sustituyendo al cordero representativo, había dicho al consagrar el Pan y el Vino: ‘Tomad y comed, éste es mi cuerpo... tomad y bebed, ésta es mi sangre.’”³² El cordero pascual se hace Eucaristía, anticipando al pascual Cordero de Dios del Nuevo Testamento.

El Cordero inocente entre pastores se ha hecho Cordero pascual entre ladrones, el Pan celestial de Belén es Eucaristía en Jerusalén. Y el texto de Hildegarda continúa, en pos de un mayor aprovechamiento espiritual de sus lectores —o de sus oyentes, como es nuestro caso—:

“Pues la Humildad hizo nacer al Hijo de Dios de la Virgen, por lo que la Humildad misma no se encuentra en los abrazos codiciosos e interesados, ni en la belleza de la carne, ni en las riquezas terrenales, ni en los adornos de oro ni en los honores mundanos: el Hijo de Dios yació en un pesebre, porque Su madre era pobre. Pero

²⁹ “Et in manibus suis agnum uelut lucem diei splendidum habet, quoniam caritas in operibus filii Dei mansuetudinem verę fidei super omnia lucentem protulit, ubi de publicanis et peccatoribus martires, confessores atque penitentes elegit, et ubi de impiis iustos fecit, quemadmodum de Saulo Paulum; quatinus super pennas uentorum, hoc est in celestem armoniam, uolarent. Sic caritas opus suum paulatim et distincte perfecit, ita ut nulla imbecillitas, sed omnis plenitudo in eo esset.” (*Liber Divinorum Operum* 1, 1, 11(12). In: *Hildegardis Bingensis Liber Divinorum Operum*. Cura et studio Albert Derolez et Peter Dronke. Turnhout: Brepols, 1996, p. 55. (CCCM 92)

³⁰ CHARBONNEAU-LASSAY, LOUIS, *El Bestiario de Cristo. El simbolismo animal en la Antigüedad y en la Edad Media*. 2 vol. Barcelona: José J. de Olañeta, 1997. (Colección “Sophia Perennis”, 44 y 45), vol. I, p. 162-65.

³¹ Éx. 12.

³² CHARBONNEAU-LASSAY, LOUIS, ob. cit., vol. I, p. 163.

la Humildad siempre gime, llora y destruye todas las criminales ofensas, porque ésa es su obra. Por tanto, quien quiera vencer al diablo que se fortifique y se arme con la Humildad; Lucifer huye de ella velozmente y se oculta ante ella como una culebra en su cueva, porque donde la Humildad lo atrape, rápidamente lo quiebra rompiéndolo como a un hilo que no tiene valor alguno.

También el Amor (*caritas*) trajo al Unigénito de Dios, Quien estaba en los cielos en el seno del Padre, y Lo puso en el vientre de Su madre en la tierra, porque el amor no desprecia ni a los pecadores ni a los publicanos, sino que empeñosamente procura salvarlos a todos. Por eso, haciendo manar a menudo una fuente de lágrimas de los ojos de los fieles, ablanda la dureza del corazón.

En esto la Humildad y el Amor son más luminosos que las otras Virtudes, porque la Humildad y el Amor son como el alma y el cuerpo, que tienen mayor fuerza que las restantes fuerzas del alma y que los miembros del cuerpo. ¿Cómo? La Humildad es como el alma y el Amor, como el cuerpo; y no pueden separarse la una del otro sino que actúan juntamente, como tampoco el alma y el cuerpo pueden separarse sino que se ayudan mutuamente en tanto el hombre vive en su cuerpo. [...]

Y por esto, oh hombres, para la gloria de Dios y por vuestra salvación perseguid la Humildad y el Amor, armados con los cuales no temeréis las insidias del demonio sino que poseeréis la vida perdurable e inagotable.”³³

PUES LA HUMILDAD HIZO NACER AL HIJO DE DIOS DE LA VIRGEN [...]. EL HIJO DE DIOS YACIÓ EN UN PESEBRE, PORQUE SU MADRE ERA POBRE: la Humildad de Dios, esa todopoderosa fuerza divina, trae a la Virgen María el anuncio de Su más grande designio, un designio de Amor: el Creador quiere hacerse criatura, el Hijo de Dios quiere ser Hijo de hombre, Aquel que es quiere anonadarse, el Rey de reyes a Quien nada falta quiere ser el pobre que nada tiene... Y la Humildad de Dios recibe de la humildad de María el amoroso “Sí” que acuna la Encarnación del Verbo de Dios, como acunará luego Su nacimiento en la pobreza del pesebre de Belén. Una vez más subrayamos la imposibilidad de que el demonio, a causa de su soberbia, pudiera conocer el misterio que aquí cobraba vida, celebrado por la Humildad.

LA HUMILDAD MISMA NO SE ENCUENTRA EN LOS ABRAZOS CODICIOSOS E INTERESADOS, NI EN LA BELLEZA DE LA CARNE, NI EN LAS RIQUEZAS TERRENALES, NI EN LOS ADORNOS DE ORO NI EN LOS HONORES MUNDANOS: éstas y otras formas son las que asume la solicitud de Lucifer, que Hildegarda trabaja en *Scivias* 1, 4 y en *El drama de las Virtudes*, obra que le es contemporánea. Nos detendremos un tanto en esta última, en la que Alma dice:

“Oh penoso trabajo y dura carga
que llevo en el ropaje de esta vida,

³³ *Humilitas enim Filium Dei de Virgine nasci fecit, ubi ipsa humilitas nec in avaris amplexibus, nec in pulchritudine carnis, nec in diuitiis terrenis, nec in aureis ornamentis, nec in saecularibus honoribus inuenta est. Sed Filius Dei in praesepe iacuit, quia Mater eius pauperula fuit. Sed et humilitas semper gemit, plorat et omnia crimina interimit, quod opus ipsius est. Vnde quisquis diabolum uult expugnare, se munit et armet cum humilitate; quoniam Lucifer eam ualde fugit et uelut coluber se coram ea in cauernam abscondit, quia ubi ipsa illum apprehenderit, eum quasi uilissimum filum citius frangit. Caritas quoque Unigenitum Dei in sinu Patris in caelo tulit et eum in uterum Matris in terra posuit, quoniam ipsa nec peccatores nec publicanos spernit, sed omnes saluari contendit. Quapropter et fontem lacrimarum ab oculis fidelium saepius educens duritiam cordis emollit. In hoc humilitas et caritas clariores ceteris uirtutibus sunt; quoniam humilitas et caritas sunt uelut anima et corpus quae fortiores ceteris uirtutibus animae et membrorum corporis habent. Quomodo? Humilitas est quasi anima et caritas uelut corpus, nec ab inuicem separari possunt, sed simul operantur, sicut nec anima nec corpus disiungi ualent, sed sibi cooperantur quamdiu homo in corpore uiuit. [...] Et ideo, o homines, ad gloriam Dei et pro salute uestra humilitatem et caritatem sectamini, cum quibus armati diabolicas insidias non timebitis, sed indeficientem uitam possidebitis.* (*Scivias* 1, 2, 33, p. 37-38).

porque me es gravoso en demasía
luchar contra la carne mía.”³⁴
“Dios creó el mundo;
yo no Le yo hago agravio alguno,
pero quiero disfrutarlo.”³⁵

Se presentan así las tentaciones de la carne y el deseo de los avizorados deleites y el usufructo del mundo. A lo que el demonio acota, subrayando la inutilidad de la virtud laboriosa:

“¡Fatua! ¡Fatua!
¿En qué te aprovecha el esforzarte?
Hacia el mundo vuelve tu mirada:
te recibirá con gran honor.”³⁶,

para continuar luego diciendo:

“¿Quién es esta potestad, pues nada hay fuera de Dios?
Yo en cambio digo: ¡A quien quiera seguirme
y hacer mi voluntad, le daré todas las cosas!
Mas tú, nada tienes para dar a tus seguidores,
porque todas vosotras
ni siquiera sabéis quiénes sois.”³⁷

A lo largo de estos textos aparecen las clásicas tentaciones: el apetito de placer, de poder y de riquezas, que recordamos en el episodio del ayuno de Jesús en el desierto.³⁸ Pero también aparecen la incitación al desánimo en el alma que lucha, la denuncia de la futilidad de su esfuerzo, para de esa manera apoderarse de ella gracias a la desesperanza en que pretende sumirla. Finalmente, la descalificación de las Virtudes o Fuerzas divinas –la opción de la buena y trabajada esperanza para el alma–, a las que el demonio acusa de desconocer su propia identidad, pretendiendo con esto su dilución en el anonimato.

La respuesta viene de la mano de la Humildad –la reina de las Virtudes–, quien no recoge el desafío del diablo según él lo plantea: no le dice quiénes son Ellas, las Virtudes, sino de manera oblicua, al recordarle quién es él:

“¡Bien sabemos mis compañeras y yo
que tú eres el antiguo dragón,
quien quiso volar más alto que el Altísimo,
pero al abismo te precipitó Dios mismo!”³⁹

Y las Virtudes subrayan el contraste:

“Mas nosotras, todas, habitamos en las alturas.”⁴⁰

³⁴ *O gravis labor, et o durum pondus / quod habeo in veste huius vite; / quia nimis grave michi est / contra carnem pugnare.*

³⁵ *Deus creavit mundum; / non facio illi iniuriam, / sed volo uti illo.*

³⁶ *Fatue! Fatue! / Quid prodest tibi laborare? / Respice mundum, / et amplectetur te magno honore.*

³⁷ *Que est hec potestas, quod nullus sit preter Deum? / Ego autem dico; qui voluerit me et / voluntatem meam sequi, dabo illi omnia! / Tu vero, tuis sequacibus nichil habes, / quod dare possis, quia etiam vos omnes / nescitis quid sitis!*

³⁸ *Mat. 4.*

³⁹ *Ego cum meis sodalibus bene scio / quod tu es ille antiquus dracho, / qui super summum volare voluisti, / sed ipse Deus in abyssum protiecit te!*

Porque así lo conoce es que “Lucifer huye de ella velozmente y se oculta ante ella como una culebra en su cueva, porque donde la Humildad lo atrape, rápidamente lo quiebra rompiéndolo como a un hilo que no tiene valor alguno.”

TAMBIÉN EL AMOR (*CARITAS*) TRAJO AL UNIGÉNITO DE DIOS, QUIEN ESTABA EN LOS CIELOS EN EL SENO DEL PADRE, Y LO PUSO EN EL VIENTRE DE SU MADRE EN LA TIERRA: ese “también” alude a la Humildad: son ambos, Humildad y Amor (*caritas*), quienes obran el milagro de traer al Hijo de junto al Padre celestial, para encarnarlo en la Madre, doncella de la tierra de Judá. Es la Humildad quien contiene al cielo en la tierra, es el Amor quien así lo quiere. En la *Epístola a los Filipenses* dice San Pablo: “Sentid y experimentad en vosotros **esto mismo** que [se encuentra] en Jesucristo el cual, aunque era de condición divina, no consideró como un botín el ser igual a Dios sino que Se vació a Sí mismo tomando la condición de siervo, hecho a semejanza de los hombres y con la naturaleza y figura de hombre. Se humilló a Sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.”⁴¹ **Esto mismo** no es otra cosa que la humildad, la Humildad en Dios, la Humildad de Dios. Romano Guardini se pregunta qué es la humildad, y se responde: “Una virtud de la fuerza. Sólo el fuerte puede ser realmente humilde, al inclinarse su fuerza, no obligada sino en libertad, ante lo más débil, ante lo que es menos; al servir. Pero la humildad no surge en absoluto en el hombre, sino en Dios. Él es el primer humilde.”⁴²

Por Su Humildad Dios puede inclinarse hacia el hombre, hacia el hombre caído, hacia el hombre perdido. Por Su Amor, yendo a su encuentro, quiere levantarlo, recuperarlo. Nuevamente encontramos en Guardini la palabra justa que nos aproximará al misterio del Amor de Dios: “La seriedad del amor aparece sólo cuando el amor se hace destino del que ama, [...] cuando lo que le ocurre al otro se convierte en destino propio para el que ama: [...] Dios es Aquel que ama al mundo en serio.”⁴³ A partir de una tal afirmación cobra su pleno y amoroso sentido la encarnación, la humanización de la Palabra del Amor divino; Su vida entre los hombres poniéndose en sus manos y recibiendo de ellas, finalmente, todos los pecados y miserias –asechanza, falsía, ingratitud, mentira, hipocresía, robo, calumnia, deslealtad, persecución, traición, injusticia, tortura y muerte– de toda la Humanidad; Su crucifixión, que clava en Su propio cuerpo, como destino propio, lo que le ocurre al otro: al hombre. Y así, por Su justicia, nuestra justificación. Que tal es la obra del Amor de Dios.

HACIENDO MANAR A MENUDO UNA FUENTE DE LÁGRIMAS DE LOS OJOS DE LOS FIELES, ABLANDA LA DUREZA DEL CORAZÓN: en el contexto en que estas lágrimas se ubican (“porque el amor no desprecia ni a los pecadores ni a los publicanos, sino que empeñosamente procura salvarlos a todos”), no se trata, ciertamente, del don de lágrimas sino de la compunción del corazón. En su espléndido libro: *Cultura y vida cristiana. Iniciación a los autores monásticos medievales*, Jean Leclercq se refiere a este tema apelando a San Gregorio Magno,⁴⁴ cuyo punto de partida es la dolorosa conciencia que el hombre tiene de su condi-

⁴⁰ *Nos autem omnes in excelsis habitamus.*

⁴¹ *Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Iesu, qui, cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se aequalem Deo, sed semetipsum exinanivit formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus et habitu inventus ut homo. Humiliavit semetipsum factus oboediens usque ad mortem, mortem autem crucis. (Filip. 2, 5-8).*

⁴² GUARDINI, ROMANO. *Meditaciones teológicas*. Madrid: Cristiandad, 1965, p.502. Recordemos que para Hildegarda las Virtudes son fuerzas, energías divinas, con lo que la caracterización de Guardini cobra nuevo perfil.

⁴³ *Ibid.*, p. 586-89.

⁴⁴ San Gregorio Magno (540-604). Monje benedictino, fundador de varios monasterios que colocó bajo la Regla de San Benito. Ya pontífice, reformó la liturgia y la música. Impulsó la evangelización de Inglaterra, enviando a las islas al monje benedictino San Agustín de Canterbury, y asentó con firmeza la primacía de la

ción de pecador, de naturaleza caída, con toda su secuela de alteración y de desorden, de subversión de valores, de impotencia, de fragilidad siempre asechada, de inquietud e inestabilidad, de pesada miseria. Sólo a partir de aquí podrá darse la compunción, ese dolor del alma que implica temor y rechazo del pecado, y el deseo de la posesión de Dios. ¿Pero cómo llega el hombre a este momento? La respuesta nos la da la figura misma de Job: a través del sufrimiento, de toda forma de sufrimiento, y de la tentación, que es tal vez la purificación más honda que opera Dios en el alma cuando ésta consiente en ello. El fruto de esta intervención divina es esa compunción que trae consigo el llanto del arrepentimiento y la penitencia, y el llanto del deseo⁴⁵. La figura de Job, el justo sufriente, no representa al pecador de corazón endurecido, en quien la conciencia de su condición de tal está voluntariamente aletargada, y cuyo dolor por su impotencia y fragilidad no obedecen a humildad sino a soberbia; pero los sufrimientos que padece Job son una figura del punzante aguijón y de los duros golpes con que el Amor de Dios busca despertar el corazón del hombre y ablandarlo en la efusión de las lágrimas. En la continuidad de San Gregorio y en el *Sermón I* correspondiente a la *Fiesta de todos los Santos* dice San Bernardo de Claraval,⁴⁶ con referencia a la tercera bienaventuranza (“Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados”): “Al caballo indómito, doman los latigazos; al alma áspera y dura, la contrición del espíritu y la frecuencia de las lágrimas.”⁴⁷ Y añade en *Sermón II del Principio del Ayuno*: “Exige de nosotros gemido y llanto la conversión y la penitencia por la vida pasada, exige lágrimas el deseo de la bienaventuranza futura. [...] Poco le agrada esta nueva vida, al que todavía no llora la antigua, todavía no llora los pecados que reconoce que ha cometido, todavía no llora el tiempo perdido. Si no lloras, ciertamente no sientes las llagas de tu alma, la herida de tu conciencia. Pero tampoco deseas suficientemente los futuros gozos, si no los pides todos los días con lágrimas.”⁴⁸

Como antecedente de ambos en este punto y para una mejor comprensión del tema podemos mencionar a ese gran predicador que fue San Agustín,⁴⁹ quien juntamente con Cicerón,⁵⁰ el maestro de los oradores de todos los tiempos, recuerda los tres objetivos del

Iglesia de Roma frente a las pretensiones del patriarca de Constantinopla. Entre sus obras encontramos: *Comentarios morales al libro de Job* (obra muy leída en la Edad Media); *Diálogos* (vidas de santos), *La Regla pastoral*, etc.

⁴⁵ LECLERCQ, JEAN. *Cultura y vida cristiana. Iniciación a los autores monásticos medievales*. Salamanca: Sígueme, 1965, p. 42-45.

⁴⁶ San Bernardo de Claraval (1090-1153), llamado “Doctor Meliflúo” por su dulce elocuencia, fue reformador cisterciense y fundador del monasterio de Claraval, entre otros. Tuvo gran actuación e influencia en su siglo, junto a Papas, reyes, clero, señores, sabios y pueblo. Entre las obras que escribió figuran *Sermones*; *El amor a Dios*; *Comentario al Cantar de los Cantares*, *La consideración*, etc.

⁴⁷ 10. BEATI QUI LUGENT, QUONIAM IPSI CONSOLABUNTUR Equum indomitum flagella domant; animam immitem contritio spiritus et assiduitas lacrimarum. (BERNARDUS CLARAEUALLENSIS. *Sermones in festiuitate omnium sanctorum* 1, 10, p. 235 (CCCM 5).

⁴⁸ *Exigit enim planctum a nobis conversationis praeteritae paenitentia; exigit fletum desiderium futurae beatitudinis [...]. Parum ei placet huius vitae novitas, qui necdum vetera plangit, necdum plangit admissa peccata, necdum plangit tempus amissum Si non plangis, plane non sentis animae vulnera, conscientiae laesionem. Sed nec futura satis gaudia concupiscis, si non quotidie postulas ea cum lacrimis.* (BERNARDUS CLARAEUALLENSIS. *Sermones in quadragesima* 2, 4, p. 362 (CCCM 4).

⁴⁹ San Agustín de Hipona (354-430). Padre y Doctor de la Iglesia. Maestro de retórica antes de su conversión, llegó luego a ser obispo de Hipona, y fecundísimo escritor. Obras suyas son, entre otras: *Confesiones*; *El Maestro*; *La cultura cristiana* (su propuesta para la formación del cristiano culto); *La Ciudad de Dios*; *La Trinidad*, etc.

⁵⁰ Marco Tulio Cicerón (106-43 a.C.). Orador, escritor, renombrado abogado, filósofo ecléctico y político romano, de cultura bilingüe (grecolatina). Fue cónsul y durante su magistratura denunció la conjuración de Catilina, contra quien compuso sus famosos discursos conocidos como *Catilinarias*. Fue procónsul de la provincia romana de Cilicia, apoyó a Pompeyo contra César en la guerra civil, luego del asesinato de César combatió a Marco Antonio para acabar, finalmente, asesinado por los partidarios de éste. Todas sus obras son de gran importancia, y a lo largo de la historia de la cultura han tenido siempre lugar de privilegio. Recordamos: *La formación del Orador*; *Bruto*; *La Amistad*; *La Vejez*; *Los Deberes*; *Discusiones Tusculanas*; *La República*, etc. Son igualmente célebres sus numerosísimos discursos.

orador: enseñar, agradar y conmover (como necesidad lo primero, como placer lo segundo y lo tercero, como victoria). El enseñar se refiere a lo que decimos, en tanto agradar y conmover se dan por el modo en que lo decimos. Ciertamente, lo primero es lo más importante, lo medular, “toda vez que cuando se habla se manifiesta la verdad, cosa que es propia de la tarea docente”⁵¹. Agradar parece sin embargo algo útil para atraer a las personas que tienen un fuerte sentido estético y toleran mal un lenguaje directo, o una expresión no muy elaborada. Ahora bien: la verdad enseñada con mayor o menor encanto puede pertenecer a las verdades teóricas o meramente especulativas –que basta creer o bien conocer–, en cuyo caso asentir a ella no es otra cosa que confesar que es verdadera; pero “cuando lo que se enseña debe ser puesto en práctica, y precisamente para eso es enseñado, en vano el oyente quedará convencido de que lo que se le ha dicho es verdadero, en vano le agrada el modo como ha sido expresado, si no lo ha aprendido de manera tal que lo ponga en obra”⁵². Por eso dice San Agustín que, en este último caso, el predicador “no sólo debe enseñar para instruir, y agradar para cautivar y retener [a sus oyentes], sino que además debe conmoverlos [debilitando su voluntad] para vencerlos”⁵³, en función de lograr una nueva conducta –o un cambio de conducta– acorde a la verdad enseñada. De eso se trata.

LA HUMILDAD Y EL AMOR SON COMO EL ALMA Y EL CUERPO [...] QUE ACTÚAN JUNTAMENTE: no se trata aquí de un planteo filosófico en torno a qué es el alma, qué es el cuerpo, cómo se unen y qué relación existe entre ambos. Sin embargo, la comparación está, y es sugerente para ambos términos de la relación. Porque lo habitual es dar prioridad al amor, y sólo después dar paso a la humildad –el servicio del amor–, con lo que el segundo término de la comparación se invertiría, diciendo que humildad y amor son como cuerpo y alma, entendida el alma como el principio que anima, da forma y operación al cuerpo con el que está naturalmente unida. Pero para Hildegarda el alma del amor, quien le da forma y lo torna operativo es la humildad. Porque la humildad, como hemos visto anteriormente, consiste en el vaciamiento de sí que permite ver al otro, que da lugar al otro, y que da entonces su forma al amor como el “querer el bien del otro en cuanto otro”: un querer que pone las obras necesarias para efectivizar ese bien deseado, un querer, por consiguiente, operativo. Por otra parte, es bueno también reparar en que la asimilación del amor al cuerpo enaltece a este último, en consonancia con la posición que la abadesa de Bingen sostuvo a lo largo de toda su vida y en todas sus obras, como hemos visto en nuestra reunión anterior: el cuerpo es creación divina, obra de las Manos de Dios, humilde y amorosamente asumido por Su Hijo para la redención de todo el hombre, y no sólo de su alma.

Que finalmente Hildegarda diga: “como tampoco el alma y el cuerpo pueden separarse sino que se ayudan mutuamente en tanto el hombre vive en su cuerpo”, no significa que para ella el hombre sea su alma, enunciado típicamente platónico que se completaría con la referencia al cuerpo como cárcel del alma. Nada más lejos de su pensamiento, como lo subraya el concepto de “ayuda mutua”, al que sumamos una bella frase del filósofo francés Étienne Gilson: “La unión del alma y del cuerpo no es un castigo del alma, sino un enlace bienhechor, gracias al cual el alma humana alcanzará su completa perfección.”⁵⁴ A pesar de sus muchos padecimientos físicos que tanto la limitaban desde lo corpóreo –y que hubieran hecho comprensible, al menos, un anhelo de libertad que la llevara a querer desconocer su cuerpo como una parte de sí–, Hildegarda continuó hasta el fin de sus días proclamando la sacralidad del cuerpo, como lo prueba el episodio final de su vida, en ocasión de la sepultura dada a un hombre noble excomulgado y reconciliado luego con la Iglesia. Desconociendo dicha reconciliación, el clero de Maguncia y su obispo la conminaron a

⁵¹ AURELII AUGUSTINI HIPONENSIS. *De doctrina christiana* IV, 12, 28.

⁵² *Ibid.*, 13, 29.

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ GILSON, ÉTIENNE. *El Tomismo. Introducción a la filosofía de Santo Tomás de Aquino*. 4ª ed. Pamplona: EUNSA, 2002, p. 250.

desenterrar al difunto y arrojar su cuerpo fuera del camposanto, a lo que la abadesa se opuso, afrontando las duras sanciones que se siguieron de su negativa. En la carta que dirigió al clero da sus razones, en las que aparece clara su visión al respecto:

“Por eso no nos atrevemos a remover el cuerpo de este difunto, puesto que había confesado [sus pecados], recibido la unción y la comunión, y fue sepultado sin inconveniente alguno; ni podemos ceder al consejo o al mandato de quienes quieren persuadirnos o imponernos esto, no porque tengamos en poco el consejo de los hombre probos o el mandato de nuestros prelados –de ningún modo–, sino para que no parezca que por femenina crueldad injuriamos los sacramentos de Cristo, con los cuales fue fortalecido aquel hombre mientras aún estaba con vida.”⁵⁵

Los sacramentos habían sido administrados al hombre, no sólo a su alma; en su negativa a desenterrar el cuerpo del difunto Hildegarda ha de haber recordado, sin duda, la lección de Pablo: “¿No sabéis acaso que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? [...] ¿O no sabéis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo Quien está en vosotros, a Quien habéis recibido de Dios [...]?”⁵⁶

El Amor y la Humildad, el Dios humanado y el hombre divinizado, han resplandecido esta tarde en una parábola de la abadesa de Bingen, en su humilde alabanza de Dios y de Su obra.

AZUCENA ADELINA FRABOSCHI
22 de octubre de 2008

⁵⁵ *Vnde et corpus eiusdem defuncti, utpote confessi, inuncti et communicati, et sine contradictione sepulti, nec efferre praesumpsimus, nec consilio seu precepto istud suadentium uel iubentium acquieimus, non consilium proborum hominum aut preceptum prelatorum nostrorum omnino paruipendentes, sed ne sacramentis Christi, quibus ille uiuens adhuc munitus fuerat, iniuriam seuitate feminea facere uideremur.* (Carta 15r –a los prelados de Maguncia–, año 1178-79, p. 61).

⁵⁶ *Nescitis quoniam corpora uestra membra sunt Christi? [...] An nescitis quoniam membra uestra templum sunt Spiritus Sancti, qui in uobis est, quem habetis a Deo [...]?* (I Cor. 6, 15 y 19).